

LATIN AMERICAN STUDIES ASSOCIATION
XX INTERNACIONAL CONGRESS
GUADALAJARA MEXICO

INTERNATIONAL RELATIONS

“El conflicto armado entre Ecuador y Perú: lecturas críticas y actores olvidados”

*De delincuentes a héroes.
Discurso disciplinario y juventud popular en el conflicto entre Perú y Ecuador*

Eduardo González-Cueva
New School for Social Research - Graduate Faculty

Introducción

El 28 de febrero de 1995 una multitud de cientos de personas recorrió las calles de Comas -un distrito popular al norte de Lima- acompañando el ataúd de un soldado muerto días antes en la frontera con el Ecuador. A la cabeza de la multitud, una bandera peruana era sostenida por las principales autoridades del distrito. Durante las cinco horas que duró la marcha, los restos de Yenuri Chihuahua recibieron homenajes en el municipio, en el colegio en que estudió, y -finalmente- en el cementerio local, en las faldas del cerro “El Carmen”.

La escena no era, sin embargo, silenciosa y triste, como pudiera esperarse de un entierro; ni tampoco eufórica, como una manifestación patriótica. Junto con los vivas al Perú, la multitud coreaba la consigna “¡sanción a los responsables!”¹, y una banderola proclamaba: “Chihuahua: el pueblo llora tu muerte.” y agregaba, en el lenguaje izquierdista de las protestas populares: “¡Con tu ejemplo, venceremos!”².

Yenuri Chihuahua, en el momento de su muerte tenía apenas catorce años. Había desaparecido de su casa el día 7 de febrero y -por casi dos semanas- su familia no pudo obtener noticias sobre su paradero en ninguna comisaría, cuartel u hospital. El 19 de febrero, Calixto, el padre del niño, recibió una llamada desde Bagua, cerca a la frontera, donde una familiar que trabajaba como enfermera había reconocido por casualidad a Yenuri. Calixto viajó al norte solamente para ver morir a su hijo el día 25, luego de una larga agonía.

¹ Diario “La República” 1 de marzo, 1995.

² Fotografía, diario “El Mundo” 1 de marzo, 1995

Aunque las primeras informaciones periodísticas quisieron retratar a Chihuahua como un joven entusiasta que se había enrolado voluntariamente y que había fallecido en combate, por las esquirlas de una granada, la verdad era mucho más oscura. El niño había sido “levado”, esto es, violenta y arbitrariamente reclutado por una patrulla militar junto con otros jóvenes que no pudieron presentar documentos de identidad. Una vez en la frontera, sin llegar a combatir, la ausencia de calzado adecuado³ le provocó una fuerte infección de tétanos que -al generalizarse- lo mató.

Aunque la verdad era sólo parcialmente conocida en el momento del entierro, para los manifestantes era claro que Yenuri había sido víctima de un acto de violencia selectiva ejercida por el Estado contra los jóvenes de barrios populares. Tal vez por ello, las banderas que rodearon el ataúd al llegar al colegio en que estudiaba no eran solamente las banderas peruanas, sino también las banderas blancas de la paz. También tal vez por ello, los seis oficiales que apuradamente se hicieron presentes aquella tarde en el cementerio, fueron abucheados por la multitud, ante la cual no atinaron a decir palabra.

El discurso de protesta que la multitud de Comas articuló momentáneamente el 28 de febrero, no podía competir sin embargo con el masivo discurso de los medios de comunicación. Yenuri Chihuahua fue proclamado espontáneamente “el niño héroe” del conflicto. Su muerte fue equiparada a la de tantos otros jóvenes que a los diecisiete o dieciocho años “ascendieron a la heroicidad”, al morir en combate y -aunque algunos notables protestaron⁴- su caso como el de tantos otros pasaría al olvido un tiempo después.

En este ensayo sugiero el trágico destino de Yenuri Chihuahua y el de otros actores olvidados del conflicto peruano-ecuatoriano está íntimamente ligado a la existencia de un discurso social que construye imágenes de la juventud funcionales a proyectos autoritarios de control, represión y manipulación. La imagen de “niño héroe” fue producida por los mismos mecanismos discursivos que -en otro contexto- hubieran producido la imagen de “vándalo juvenil” para describir al mismo sujeto.

³ El comunicado oficial del ejército con el que se respondió a las críticas sobre el caso Chihuahua describió los sucesos que llevaron a su muerte de la siguiente manera: Yenuri “...se enroló voluntariamente en la guarnición de “Mesones Muro” (provincia de Jaén, departamento de Cajamarca)...”, por la falta de documentos que permitiesen conocer su edad “...fue asignado a tareas administrativas remuneradas” y embarcado al frente. “En el desempeño de esta labor, accidentalmente sufrió cortaduras en los pies, desarrollando un cuadro infeccioso de tétanos, que motivó su evacuación el 18 de Febrero del 95”. (Comunicado Oficial 001/OIE/95 Oficina de Información del Ejército). El comunicado no explica cómo el joven residente de Comas llegó a enrolarse a Cajamarca, a casi 1000 kilómetros al norte de la capital. Tampoco explica qué clase de tareas administrativas pueden provocar cortaduras infectadas en los pies.

⁴ El Colegio de Abogados de Lima, a través de su decano, Felipe Osterling y el parlamentario de centro-izquierda Henry Pease exigieron explicaciones sobre el hecho al Ministerio de Defensa. Distintas organizaciones de defensa del menor solicitaron a la Presidencia de la República una investigación. Ninguna de estas demandas fue atendida.

El discurso patriótico en los medios de comunicación peruanos -pese a resaltar en la juventud virtudes como el coraje y la abnegación- forma un continuum orgánico con un repertorio discursivo aparentemente distinto, que retrata a los jóvenes peruanos como anómicamente violentos y propensos a actividades delincuenciales.

A la base de la idea de juventud heroica o de juventud delincencial subyace una misma matriz cultural: un imaginario autoritario que construye simbólicamente las relaciones en la sociedad peruana como marcadas por una fuerte jerarquización y que enfatiza la necesidad del control social. En el caso del discurso que este imaginario genera para definir a la juventud, más allá de variaciones, existen al menos dos nociones centrales: una es el establecimiento de una relación “natural” entre violencia y juventud que hace imposible entender a la juventud como racional. La segunda noción es la construcción de la juventud como una categoría que presupone fuertes marcas de clase, etnicidad y género: cuando los medios se refieren a los jóvenes peruanos y a la violencia, proyectan generalmente una imagen de hombres jóvenes, de ascendencia andina y procedentes de los sectores populares.

Tanto el discurso patriótico centrado en la imagen del joven heroico, como el discurso del orden centrado en la imagen del joven delincuente, se alimentan de una matriz cultural profundamente excluyente, cuya maduración se dió a lo largo de los años de la guerra sucia entre las fuerzas armadas y los grupos subversivos. La presencia de jóvenes en los grupos subversivos se explicó como la reacción violenta de personas sin oportunidades, privados de espacios adecuados de socialización e integración cultural. El crecimiento en las ciudades de actividades violentas por parte de pandillas barriales y barras de aficionados al fútbol proporcionó un objeto privilegiado de interpretación y observación: el joven popular violento.

El discurso sobre la juventud violenta es parte integrante de un proceso mayor de reordenamiento liberal de la sociedad peruana bajo el liderazgo de un régimen político autoritario, que resultó del gradual desmontaje de las instituciones democráticas formadas en 1980, cuando el gobierno militar cedió el poder a los civiles. El joven violento y sin alternativas es una imagen que se proyecta como justificación de alternativas autoritarias de imposición de orden y disciplina, que pueden cambiar el carácter del objeto del discurso. La vigilancia policial en los estadios haciendo uso de cámaras ocultas para filmar a los “cabecillas”, la presencia de la policía en los colegios obligando a los jóvenes a cantar el himno nacional en las mañanas y a marchar a paso militar a los salones, la disciplina del cuartel, son complementos necesarios de la construcción del sujeto juvenil violento.

El discurso sobre la juventud popular es un discurso disciplinario y articulado a un proyecto autoritario, pero por otro lado, es también un discurso con pretensiones de cientificidad: sociólogos, sicólogos y “especialistas” de diverso calibre son convocados por los medios para -independientemente de sus reales opiniones- dar un barniz de respetabilidad a la temática. El discurso sobre la juventud en el Perú actual, pues, nos presenta un extraordinario ejemplo de las articulaciones entre poder y conocimiento que

Foucault⁵ ha descrito: el poder represivo inmoviliza y controla a un objeto humano que es, en su momento, observado, interrogado, diseccionado, construido como un objeto de conocimiento. A la vez, el corpus científico es instrumentalizado por el poder para ampliar su alcance disciplinario.

Me propongo estudiar este discurso contrastando dos de sus más extremas manifestaciones, de hecho, dos polos: la delincuentización de los jóvenes y su heroicización. Espero hallar los rasgos que permiten constituir a la juventud como una categoría triplemente marginal en términos de clase, etnicidad y género. Quisiera mostrar que este discurso forma parte de una violencia cotidiana dirigida contra la juventud popular y que su éxito permite -en un plano inmediato- su manipulación y -en un segundo plano- la justificación de un proyecto mayor de hegemonía neo-liberal.

Las fuentes de las que me he servido para ilustrar este ensayo son básicamente los informes producidos durante los meses de febrero y marzo de 1995 en diversos periódicos de Lima. Con esto no pretendo decir que el discurso sobre la juventud peruana es un discurso creado por los medios de prensa: éstos simplemente permiten una aprehensión paradigmática de un discurso que permea toda la sociedad.

Un último *caveat* es necesario en un ensayo de esta naturaleza: el conflicto entre Perú y Ecuador, aparte de su carácter militar, diplomático o cultural (que es la dimensión aquí estudiada) fue y es ante todo una tragedia humana. Cada soldado muerto, mutilado, desaparecido o traumatizado es una víctima cuyo dolor no puede ser relativizada: la disección que hago en este ensayo del discurso patriótico, mostrando sus incoherencias y su carácter instrumental no debe de ningún modo ser leído como indiferencia ante el sufrimiento de dos pueblos sino -al contrario- como un esfuerzo en el camino hacia un futuro sin este tipo de tragedias.

Barras bravas y fuerzas represivas: la imposibilidad del panóptico peruano.

El conflicto con el Ecuador nunca llegó a motivar manifestaciones patrióticas masivas en las calles de Lima: de hecho, cuando la gente de la calle era entrevistada para programas periodísticos, la idea más repetida era la de que el conflicto como tal era completamente absurdo y que debía terminar lo antes posible. Los limeños querían continuar con su vida normal. Uno de los elementos de la rutina limeña que no cambió por el conflicto fue la realización semanal de partidos de fútbol profesional. De hecho, el 11 de febrero, sólo tres días antes de que Fujimori declarase un cese al fuego unilateral -luego de anunciar la toma de la posición denominada Tiwinza por el ejército peruano- dos de los

⁵ Foucault, Michel "Discipline and Punish. The Birth of the Prison" Vintage, 1995. Orig. "Surveiller et punir: Naissance de la prison" Gallimard, 1975.

equipos más populares, Universitario de Deportes y el Sport Boys celebraron un partido “amistoso” en el estadio de los primeros, en el distrito de Breña.

Lo que sucedió en el partido, en cuanto hecho deportivo, fue bastante pobre si hemos de creerle a los principales cronistas del hecho, los periodistas deportivos: el equipo visitante venció por el mínimo score de uno a cero al local en un encuentro de características técnicas menos que discretas. Sin embargo, el verdadero match se libraba en las tribunas y alrededor del estadio: aparentemente, un grupo de seguidores del club visitante no alcanzó a comprar entradas y -en un hecho que nadie intentó luego explicar- empezó a arrojar piedras desde la calle hacia el interior del recinto. Los hinchas locales respondieron agrediendo a los visitantes que habían logrado ingresar al estadio y a los jugadores. Pronto, la gresca se generalizó en las tribunas, un jugador cayó herido por una piedra y el árbitro decidió dar por terminado el encuentro. En este momento, cientos de hinchas saltaron las mallas (llamadas “de contención”) que separan el campo de juego de las graderías y empezaron a golpear a los jugadores visitantes y a los periodistas, que tuvieron que ser protegidos por los jugadores locales. La violencia se prolongó por varias horas más en las calles aledañas al estadio, con turbas que se enfrentaban entre sí o atacaban a la policía.

Mientras las primeras planas de los periódicos anunciaban al público las “tomas por asalto” que el ejército peruano realizaba en distintas posiciones militares en la Cordillera del Cóndor, las páginas deportivas describían paralelamente el episodio del estadio en el mismo lenguaje:

“...una jauría humana vestida con camisetas cremas (distintivas del club Universitario de Deportes) tomó por asalto (...) el estadio “Lolo Fernández” y convirtió lo que debió ser un simple partido de práctica entre Universitario y Sport Boys en un pretexto para dar rienda suelta a sus desvaríos.”⁶

El “asalto crema” fue descrito en detalle por los periodistas y la manera en que éstos describieron a los hinchas responsables de la violencia es paradigmática de la construcción de la imagen de la juventud delincuencial. El clima de caos que se vivió en el estadio no sólo recorrió las tribunas: un periodista relata cómo, al pasar por los baños “un trinchudo hincha era sacado a empujones del baño de mujeres por una señora que llevaba a su hijita. El desvergonzado sólo atinó a saltar, arengando incoherencias, y los mirones a reír.” En las tribunas, el enfrentamiento entre los hinchas de los equipos desbordó las tribunas populares: “La violencia dio vuelta por todas las tribunas. Sur, donde se ubicaron los radicales, estaba extasiada. La siempre privilegiada gradería de Occidente fue bañada por una lluvia de piedras”.

En un determinado momento, la locura que ha tomado baños y tribunas se extiende al campo de juego mismo: “...descamisados hinchas de Universitario escalaban las deterioradas vallas que separaban las tribunas del campo de juego...”. La violencia es total

⁶ Diario “El Comercio” 12 de febrero, 1995. La descripción de la violencia en el estadio de Universitario de Deportes es tomada básicamente de este diario. Se indicará cuando los datos sean tomados de otro.

y los policías presentes no atinan a contenerla por estar totalmente superados en número y no contar con los medios (represivos) suficientes): “Apenas cuatro policías rondaban, entre asustados y confusos, el perímetro de aquello de lo que (sic) alguna vez fue gramado (...) Con palos de escoba en la mano, estos indefensos miembros del orden pretendían contener al grupo de desalmados...”. Finalmente, cuando es obvio que nada puede detener la furia de los hinchas “Como animales en busca de su presa, cientos de barristas se introdujeron en la cancha...” La violencia que se vivió en las calles aledañas fue fotografiada y descrita como una “guerra”:

“El sector popular y la fuerza del orden se encuentran cara a cara. Todo desvocó (sic) en violencia. El efectivo no logró controlar a estos hinchas a pesar de sacar su revólver. Los vándalos, en su mayoría jóvenes y chiquillos, siguieron avanzando y la guerra se instaló en la calle de Odriozola”

Para algunos periodistas, el incidente hubiera podido evitarse con mejores medios represivos: “cuatro policías no pueden controlar a esta jauría con un palo de escoba”. Otros, avanzan “...la necesidad de contar con una legislación especial que castigue a los autores de la violencia”⁷ y la posible “...instalación de cámaras de televisión en las barras, la infiltración de policías para detectar a los revoltosos (...) el concurso de barras que premiará a la de mejor comportamiento...”⁸ El presidente de la Asociación Deportiva de Fútbol Profesional añadió que las barras deportivas habían sido “infiltradas” por delincuentes que vendían drogas y alcohol a los hinchas, provocando la violencia.

La juventud delincuencia

El siguiente cuadro nos puede ayudar a resumir algunas características de la imagen de los jóvenes violentos presentada por el relato periodístico:

Extracción social	Clases bajas: “sector popular”. Tribunas populares (a diferencia de “Occidente”).
Características étnicas	Mestizos: “trinchudos” (una manera despectiva de referirse al cabello rígido -los “trinchos”- que se asocia a una imagen estética negativa del indígena andino.
Identidad de género	fuertemente masculinista: desvergonzados que agreden a las mujeres en su intimidad.
Moralidad	Desnudez: “descamisados”. Desvergüenza, actitud vandálica, violaciones al orden y a la propiedad. Animalidad
Posible control	Mejores armas (no un “palo de escoba”). ¿revólveres? ¿videos? ¿nuevas leyes?

Los jóvenes son una “jauría”, su violencia es animal, comparable a la de la bestia salvaje que va “en busca de su presa”. Han perdido todo control moral sobre sus “desvaríos”, y no son capaces de expresar razones, sino solamente “incoherencias” que se “arengan” saltando y riendo. Pero lo que podría ser descrito como una escena carnavalesca⁹ es descrito como una batalla: una “toma por asalto”, alrededor de un

⁷ Diario “La República”, 13 de Febrero, 1995

⁸ Diario “La República”, 13 de Febrero, 1995

⁹ Da Matta, Roberto *Carnavais, malandros e herois. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio, Zahar Editores. 1978.

“fortín”, el estadio; un enfrentamiento entre el “sector popular” y el orden. No hay forma de argumentar con ellos, sólo estrategias de control de las que serán responsables las instituciones represivas: infiltración, para conocer la estructura interna de los grupos, filmación secreta, mejor armamentización de los agentes de control, una estructura jurídica adecuada. Sólo un estímulo no represivo es mencionado: un posible concurso de barras.

Fines de semana de fútbol y violencia

Es útil preguntarse, sin embargo, si las propuestas de control de la multitud juvenil pueden ser materialmente ejecutadas por un aparato policial cuyas prácticas son intensivas en “trabajo” antes que en medios tecnológicos. Un partido de fútbol “adecuadamente vigilado” implica la implementación de un operativo masivo que moviliza a miles de policías. Barreras de policías a pie se ubican en las principales calles que conducen al estadio exigiendo la presentación de boletos a los hinchas que se acercan. Carros rompe-manifestaciones se pasean por los alrededores asegurando que los grupos rivales no se encuentren: esto es posible porque las distintas barras se ubican tradicionalmente en diferentes tribunas cuyo acceso se hace por calles distintas. La policía montada vigila las “colas” de hinchas que esperan para ingresar al estadio y embisten las aglomeraciones que rompen la línea de uno en fondo que debe ser la “cola”. En las puertas del estadio, el control policial se hace más violento: bastonazos y gritos son utilizados contra los hinchas. Quien se queja recibe un golpe o es sacado de la “cola” y condenado a correr hacia el final de la misma para empezarla de nuevo. Con gestos amenazadores, los policías espantan a los niños que -sin dinero para comprar un boleto- intentan escabullirse entre la multitud que ingresa al estadio o que le piden a los adultos que los hagan ingresar como si fuesen “tío y sobrino”. La mayor parte de las veces, estos niños no logran su cometido y forman grupos inquietos que esperan alrededor del estadio hasta que, a mediados del segundo tiempo del encuentro, las puertas se abren y el control de boletos se levanta¹⁰. La avalancha de jóvenes y niños que ingresa al estadio en estos momentos es conocida como “la segundilla”.

Una vez en el estadio, cada hincha debe presentar su boleto dos o tres veces y es cateado por la policía, que utiliza no sólo sus manos en esta tarea, sino también los dolorosos bastones de goma (lo que los periodistas llamaban “palos de escoba”). Cualquier objeto que pueda ser arrojado al campo de juego o incendiado es confiscado (esto incluye las baterías de las radios portátiles y los periódicos deportivos). Cada tribuna es rodeada por un cordón de policías en traje antimotines y el campo de juego mismo es rodeado por unidades acompañadas de perros de ataque y provistas de escudos para

¹⁰ En Lima, las puertas de los estadios permanecen abiertas durante todo el partido como medida de seguridad, en el caso de que los asistentes tengan que evacuar las graderías. Esta medida se adoptó desde la llamada tragedia del Estadio, en 1964: en aquella ocasión, un incidente en el campo de juego fue respondido por la policía arrojando gas lacrimógeno a las tribunas. En el pánico que siguió, una estampida de gente que huía del gas fue frenada por las puertas de hierro cerradas del estadio. Más de 300 personas murieron aplastadas frente a las puertas o pisoteadas por la multitud.

proteger a los jugadores de posibles agresiones del público. Cualquier actitud violenta detectada por la policía es “disuelta” en el acto y sus autores son arrestados, si no logran escabullirse entre la multitud.

Al terminar el encuentro, policías blandiendo bastones de goma y haciendo sonar silbatos forman un cordón que va empujando a los hinchas hacia las salidas. Si el partido se realiza en el estadio nacional, los hinchas que caminan cerca a los vecinos edificios del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas o la Residencia del Embajador de Estados Unidos reciben vigilancia adicional de los miembros del ejército o de la policía que prestan resguardo en dichos lugares, lo que no pocas veces implica balazos al aire. Todo este operativo de control abiertamente violento es contestado con acciones de violencia y burla: introducción clandestina de explosivos y alcohol al estadio, restos de comida que se arrojan contra un policía distraído, la obstaculización de la captura de un hincha perseguido, pifias y protestas contra cualquier acto de violencia policial, slogans agresivos, etc.

Fantasías de control tecnológico y realidades de control brutal

No existen medios de control más sofisticados: pese a la siempre repetida promesa de “filmar a los cabecillas” de los grupos violentos, la policía no ha sido capaz de hacerlo. En las contadas ocasiones en que un policía se ha acercado a las tribunas con un aparato de video, la lluvia de proyectiles que lo ha recibido ha hecho imposible la filmación de los rostros -por lo demás enmascarados o pintados- de los barristas. El sueño panoptista de un estadio supervigilado por cámaras que identifiquen a cada “revoltoso” y que controlen a las masas se viene al suelo por la absoluta pobreza de medios técnicos de las fuerzas represivas y su incapacidad para usar los pocos medios que tienen, como no sea la violencia física directa, que -en alguna ocasión- ha dado lugar a heridas o muertes como consecuencia de balazos.

La geografía de control que la policía establece esporádicamente en torno a los estadios es episódica y superficial cuando se compara con la territorialización de la ciudad de Lima por los grupos de hinchas de los distintos equipos de fútbol que -armados de pintura- marcan con graffiti las principales calles y monumentos, estableciendo zonas y re-nombrando áreas.¹¹ Los muros de Lima, de este modo, han visto la sustitución de las antiguas “pintas” de partidos políticos que reivindicaban para sí el control de ciertas áreas, por las nuevas marcas territoriales de los grupos juveniles desprovistos de todo discurso político institucionalizado.

La persistencia de fantasías tales como la filmación de hechos violentos no está relacionada con la real posibilidad de tales medios técnicos de represión. El panopticismo paupérrimo de la policía peruana haría sonrojarse a Foucault: lo que importa es la

¹¹ La violencia de las barras de fútbol y su organización interna han recibido la atención de sociólogos de la Pontificia universidad Católica del Perú. Ver Panfichi, Aldo (ed.) *Fútbol: identidad, violencia y racionalidad*. 1995.

legitimación de las formas reales de control (violencia física directa) a través de la discusión “técnica” de formas de control avanzadas para masas juveniles que han sido discursivamente construidas como primitivas e irracionales.

Violencia discursiva, control y manipulación

La reificación del sujeto juvenil es un acto de violencia simbólica que hace posible la violencia física. Los mecanismos territorializados de control de las masas juveniles, la infiltración de la estructura organizativa de los grupos, la brutalidad policial contra sujetos concretos, son “normalizados”: el “hombre (o mujer) de la calle” debe aceptar como comprensible la represión y el control de actividades que son auto-evidentemente negativas. La delincuentización de la juventud popular justifica su control y manipulación por parte de las agencias del poder: el padre de familia, la escuela, el centro de trabajo, la policía y -ciertamente- las fuerzas armadas.

Ahora bien, ¿qué decimos exactamente cuando decimos “control y manipulación”? Las siguientes líneas nos dan una idea exacta:

“Yenuri Antonio era futbolista. Jugaba por el club 7 de junio y era un delantero fogoso, intrépido, con gran visión de gol. Era hincha del Alianza Lima y solía juntar sus propinas para ir al estadio cada vez que jugaba el equipo victoriano. Cuando no podía pagar sus entradas, conformaba la “segundilla”, esa nerviosa y apremiante legión de aficionados que entra gratuitamente a los estadios en los postreros momentos de los partidos de fútbol.”¹²

Yenuri Chihuahua -el niño héroe con el que empecé este ensayo- iba al estadio y se confundía con la “segundilla” que ingresa a las tribunas populares para arengar (¿”incoherencias”?) a sus jugadores; durante esos fines de semana de fútbol, probablemente conoció de las carreras y los gritos, de los policías a caballo y de los carros rompemanifestaciones. Tal vez, su conocimiento de la violencia de los uniformados fue actualizado cuando fue emboscado, junto con otros jóvenes en una calle de su distrito, por una patrulla del ejército que lo embarcaría en un viaje que sólo habría de terminar con su muerte en un hospital del norte del país. La misma persona joven, masculina, pobre y mestiza -que podría haber sido descrita en un contexto como formando parte de una “jauría” de “delincuentes” a la que es necesario controlar con instrumentos mejores que “un palo de escoba”- terminó siendo descrita en otro contexto como un “joven heroico”, “abnegado”, “ejemplar”, a quien se le debiera dedicar un monumento. La construcción imaginaria de una juventud pasional y violenta es parte del mecanismo de control que permite instrumentalizar a la juventud concreta, enviarla como carne de cañón al frente y convertirla en juventud heroica y sacrificada: héroes, desaparecidos, mutilados de guerra.

¹² Diario “La República”, 1 de Marzo, 1995.

Predestinación heroica y heroico mercantilismo

Cuando el pequeño William Guzmán cumplió tres años de edad, sus padres le celebraron una fiesta, a la que asistió toda la familia. Al hacer la repartición de la torta de cumpleaños, William tomó la porción más pequeña, dejando el resto para sus siete hermanos mayores. Extrañados por el precoz sentido de justicia del niño, todos exclamaron al unísono: “¡William va a ser abogado!”. El pequeño, sin embargo, en tono firme replicó: “¡No! ¡Yo quiero ser militar!”. No fue esa la única ocasión en la que William Guzmán mostró su temprana vocación por la carrera de las armas: en el Jardín de Infantes, al cantar el himno patrio se cuadraba “con la rigidez y gallardía de un auténtico militar” y al jugar a la “guerra” con sus amiguitos rodaba por el suelo fingiéndose muerto, para luego levantarse riendo y comentando: “Lo importante es que les ganamos la guerra, ¿di?”. Al menos, esto es lo que relata la biografía en historieta que el Jardín de Infantes “Primavera”, de la ciudad de Trujillo publicó veinticinco años después, en 1996, para conmemorar a su ex-alumno, caído en combate a la cabeza de su patrulla en el primer día del conflicto con el Ecuador¹³.

Por cierto, en la formación del futuro héroe, fue decisivo su paso por el Jardín de Infantes “Primavera”, cuya dirección, nombre de la directora y otras virtudes se mencionan explícitamente en la historieta. Los lectores de la obra -que fue repartida casa por casa en la urbanización en la que se encuentra el Jardín- eran invitados por un volante adjunto al panfleto a matricular a sus hijos en el semillero de héroes. Pero el afán conmemorativo del jardín de infantes no se limitó a la publicación de esta biografía. Con permiso del municipio, el jardín erigió, en la avenida frente a su local un monumento en homenaje a su ex-alumno, el capitán William Guzmán Espinoza, héroe del Alto Cenepa. El monumento, un obelisco de cemento de tres metros de alto con la efigie severa del capitán Espinoza fue inaugurado con la presencia del alcalde de la ciudad, las máximas autoridades militares y los padres del héroe.

El interés de los propietarios del Jardín de Infantes en promocionarse utilizando la figura del niño que un cuarto de siglo después sería la primera baja peruana de la guerra no puede ser más claro. Su utilización mercantil del discurso patriótico nos brinda un ejemplo paradigmático de la funcionalidad de ese discurso a estrategias particulares, y nos presenta varias de sus nociones fundamentales. A pequeña escala, el caso del teniente trujillano y el jardín de infantes en el que estudió veinticinco años antes de su muerte en combate, es el caso de todos los jóvenes enviados al frente y agencias de poder centralizadas en el Estado. Lo fundamental es que la relación es constituida y está mediada por un discurso específico, el discurso patriótico, que es a su vez una derivación de la misma matriz simbólica que originó el discurso delincuentizador de la juventud. Como lo muestra el caso de Yenuri Chihuahua, los mismos sujetos sociales han sido constituidos por

¹³ Neyra, Celeste (adaptación) *Nido Jardín “Primavera” en sus Bodas de Plata rinde Homenaje a su Ex-alumno cap. E.P. William Guzmán Espinoza 1° héroe nacional del Cenepa*. Editorial Libertad, Trujillo, 1996.

el discurso en función de su manipulación y control: como objeto de la represión de la policía o como instrumento de la estrategia militar. Sin discurso que informe la relación entre los jóvenes y el poder, ni la represión policial ni la estrategia militar serían legítimas: es el discurso el que hace que -en un caso- la acción policial sea la defensa del orden y que -en el otro caso- la acción militar sea la defensa de la soberanía de la nación.

En esta sección, intentaré aislar los elementos más importantes del discurso patriótico sobre los jóvenes: primero, la idea de la abnegación, es decir, la renunciación que los jóvenes deben hacer para transitar de su naturaleza irracional y desordenada a la civilización. Segundo, la noción de predestinación, es decir, la naturalización de la vocación y el sacrificio militar. Por último, la noción masculinizada, y etnicizada del heroísmo, que asocia la participación en el ejército con la hombría, mientras ubica a las mujeres en los roles esencializados de madres y esposas y evoca imágenes exóticas de irracional violencia indígena. Mostraré que las presuposiciones de clase, etnicidad y género que son implícitas en la construcción de la juventud delincuencial, son objeto aquí de un tratamiento más sutil que las explícitas y asocia a una normatividad atractiva, ocultando los elementos de discriminación y violencia cotidiana que pesan contra esas marcas.

Identidad juvenil y seudónimos de guerra

Durante los años de la guerra contrasubversiva, los oficiales en servicio en zonas de conflicto aprendieron a imitar la costumbre senderista o emerretista de adoptar seudónimos para ocultar sus verdaderas identidades. Este mecanismo con el que ocultaban no sólo sus nombres, sino también sus grados, les permitía protegerse de posibles represalias, además de servir -en otro plano- como símbolo que debía resumir su valentía, determinación o -no en pocos casos- su brutalidad. Seudónimos como “Rommel”, “Teniente Negro”, “Rambo”, “Tigre” debían inspirar temor o admiración en el enemigo, en la tropa y en la población. Los oficiales peruanos llevaron al Cenepa su experiencia en la guerra antisubversiva y también sus seudónimos; de hecho, el capitán William Espinoza murió en combate bajo el mismo seudónimo con el que se había identificado en la época en la que sirvió en unidades antisubversivas: “Roosevelt”.

Los seudónimos son un alter ego construido por el que los adopta para retratarse bajo una nueva luz. En algunos casos, los nombres de guerra adoptados por los soldados del Cenepa dejan entrever una vena humorística, ingenua, adolescente: “MacGiver”, “Rockero”, “Lucky”, “Lince”. Los soldados, son, finalmente jóvenes construyendo la identidad y los proyectos con los que van a dar sentido a sus vidas. Desde el recluta inexperto hasta el oficial fogueado, el soldado y el fanático del fútbol: todos utilizan seudónimos, todos expresan de este modo su pertenencia a esa elusiva etapa que es la juventud. La sociedad peruana construye a la juventud a través de un discurso, cierto, pero es también importante reconocer que la juventud se construye a sí misma. ¿Cuáles fueron las impresiones que estas identidades provocaron en los periodistas, esos especialistas del sentido común?

Los jóvenes: de delincuentes indisciplinados a héroes abnegados

Para comenzar, es necesario hacer claro que el sujeto del discurso de los medios es “la juventud” o “la juventud peruana”, un nombre genérico que está esperando ser predicado con adjetivos que -en este caso- serán los de “heroísmo” y “virilidad”. Los periodistas que llegaron a la zona del conflicto se manifiestan impresionados por la generosidad de los jóvenes: “La periodista Gladys Bernal no puede más (...) Juanito, un soldado de 16 años que vive en San Juan de Lurigancho y no ve a su familia hace un mes, le entrega su último caramelo de limón”¹⁴. El entusiasmo patriótico de los jóvenes que posan para la cámara en las puertas de los cuarteles o en las posiciones capturadas al enemigo (es decir, a los jóvenes del otro lado) los impresiona como un ejemplo de renunciación de los intereses egoístas, un ejemplo de gratuidad: “Hubo jóvenes que fueron a tocar la puerta de los cuarteles (...) Jóvenes que renunciaron al verano para enfrentarse a la muerte en la línea de fuego.”¹⁵

Pero lo que más impresiona a los reporteros es el hecho mismo de la juventud de los soldados, se muestran incapaces de hablar de un soldado sin mencionar su edad: el subteniente “Lucky” es un soldado de veinte años, el soldado Scripchi, tiene dieciocho. Luego de haber compartido con los soldados el temor provocado por un ataque de morteros y de susperar una crisis de nervios por la tranquilidad de un soldado de diecinueve años, de nombre John Mercado, una reportera gráfica reflexiona:

“...esto que yo he sentido lo sienten todo el día y toda la noche los miles de John Mercado que combaten por nuestra soberanía, peruanos de 16, 18 años que repiten su dosis de miedo a la muerte día y noche, algunos durante más de un mes, sin relevo ni comida. A todos ellos mi admiración y respeto profundo.”¹⁶

Pero el trazo de un retrato humano de soldados que tienen miedo de morir es una excepción. Una lectura atenta del testimonio anterior nos permite ver que la reportera no está hablando de “la juventud”, sino de personas jóvenes que son asimiladas a lo que ella es y siente. El soldado John Mercado ha sido multiplicado como paradigma del combatiente peruano en tanto joven, pero las características que han sido multiplicadas han sido las de la reportera, que no es “heroica”, “valiente” o “abnegada”, sino que tiene miedo a morir, que es simplemente humana.

Es por ello que éste es un testimonio de particular valor, contrastable con modelos más acartonados: “jóvenes ofrendan su vida por la Patria”¹⁷, “...jóvenes héroes perecieron en una emboscada del enemigo”, fórmulas que ocultan la tragedia de la guerra para resaltar la asociación de “juventud” con valores asociados al patriotismo, es decir, con todo valor centrado en la auto-negación, en la “abnegación”.

¹⁴ Diario “El Comercio”, Marzo 9, 1995. San Juan de Lurigancho es uno de los distritos más pobres de Lima.

¹⁵ Diario “El Comercio”, febrero 26, 1995.

¹⁶ Diario “El Comercio”, febrero 26, 1995.

¹⁷ Diario “La República”, Febrero 12, 1995

El sacrificio de los jóvenes es imaginado como la negación de un amplio rango de placeres u oportunidades. Ahora bien: estos placeres y oportunidades son también socialmente representados como tales; los ejecutores del discurso los imaginan, para lo cual movilizan su propio conocimiento de lo que es placentero o ventajoso. Al hablar de aquéllo a lo que los “jóvenes héroes” han renunciado, los reporteros hablan de aquéllo a lo que ellos mismos -o el grupo social al que pertenecen- no han renunciado.

Pero las verdaderas renunciaciones de los jóvenes no son tan frívolas como la “renuncia al verano” que un periódico mencionaba: “Huaraz, 30 (...) La valentía de la juventud peruana se reflejó en esta ciudad cuando el alumno número uno del colegio secundario “Mariscal Toribio Luzuriaga” se enroló voluntariamente a las filas del Ejército para defender la soberanía del Perú.”¹⁸ Unos renuncian a los estudios, otros a su integridad física, como los soldados a los que se refiere un reporte escrito en un hospital de guerra: “...un grupo de jóvenes soldados heridos (...) sólo alcanzaron a decir: ¡Viva el Perú, carajo!”¹⁹

Lo que es central en cualquier caso es la renuncia a ser lo que se es: los jóvenes concretos renuncian a los estudios, a su familia, a su salud; los jóvenes imaginados por el discurso delincuentes-héroes renuncian “al verano”, a sus placeres, a sus vicios, a formar parte de “la jauría” de los estadios. En un artículo llamado “La vida del soldado peruano. Rigores, hazañas y satisfacciones de los jóvenes que, al margen de vicios y modas, sí cumplen con el servicio militar obligatorio”²⁰, la reportera presenta los casos de cuatro reclutas que pasan de ser jóvenes “normales” -esto es, indisciplinados, ignorantes, apáticos- a ser jóvenes a quienes la disciplina del ejército redime.

Gómer cuenta que ingresar al ejército le sirvió para refutar la idea de sus amigos del barrio que “decían que el servicio militar (...) era sólo para los brutos”. La experiencia, según él fue provechosa: “Aprendí a ser responsable y disciplinado”. Mario encontró que en su arma, la Marina “...tienes comida, casa y hasta te dan una propina. Además aprendes muchas cosas aparte de disparar y marchar, te enseñan un poco de mecánica, de radiotécnica...”. Walter piensa que antes de la experiencia militar, “en la casa hemos sido unos descuidados de miércoles y así derrepente (sic) tenemos que decir sí señor y acatar la orden” y agrega: “Es otro mundo, es como si te casaras, entras a una fase donde te controlan”. Alex, por último, confiesa que antes del ejército “estaba en nada y la vieja se ponía mal por cualquier cosa que hacía”, la redención para él fue ser enviado a Ayacucho, es decir, al centro de la lucha contrasubversiva, el corazón de la guerra sucia: “Me dieron un curso antisubversivo y la cosa era fuerte, pero me sentía tan responsable, tan orgulloso de estar sirviendo a mi país, que no me importaba. Estuve 9 meses en zona de emergencia...”

La redención de los jóvenes es la renuncia a la falta de objetivos, la irracionalidad y los vicios que supuestamente los caracteriza para ascender a una etapa superior. La

¹⁸ Diario “La República”, Enero 31, 1995

¹⁹ Diario “El Mundo”, Febrero 1, 1995

²⁰ Diario “El Mundo”, Febrero 7, 1995

renunciación a los instintos, desde Freud²¹ es considerada la base de la marcha civilizatoria de la humanidad, así como es la base de la maduración psicológica del individuo. Los cuatro jóvenes de los que habla el artículo pasan de “estar en nada” y ser permanentemente criticado por el mundo de los mayores, a sentirse orgullosos de sí mismos y a encontrar la manera de avanzar dentro de un mundo marcado por el control y la violencia legitimada del Estado.

La ecuación del heroísmo: vocación conocida, destino incierto

“Gómer siempre quiso ser soldado”, “Desde chiquito mi Jimmy ha dado muestras de querer servir al Perú”, son algunas de las frases producidas a partir del repertorio provisto por el discurso patriótico. La idea de la vocación sentida desde la más temprana infancia es contradictoria con la idea de la experiencia militar como momento de redención en el que se rompe con el vacío de una vida juvenil sin objetivos: o bien se ha querido siempre ser soldado, o bien se ha llegado a serlo rompiendo con un pasado de indisciplina y desorden. Esta contradicción sin embargo, no afecta al imaginario social sobre la juventud: los discursos que se producen no tienen que ser lógicos: sólo deben ser efectivos. La función de la idea de abnegación -que hemos reseñado- es mostrar el lado constructivo del control ejercido por las agencias de poder: no sólo se reprime y golpea, también se educa. La función de la idea de vocación es la naturalización de un tipo de violencia legítima, la violencia de un Estado que defiende sus intereses afectados por otro Estado. Ser soldado, ir a la guerra, matar o morir en nombre de la patria es normal, se condice con las predisposiciones más íntimas del individuo en cuestión. Es una actividad positivamente sancionada por la sociedad, para la que uno puede sentirse llamado desde niño, como Luis Alberto, que

“tiene 11 años y ya carga un fusil... de juguete. El y sus amigos viven cerca de la base “El Milagro”, de donde salen y entran las tropas peruanas (...) Viendo pasar a los soldados todos los días con sus rifles de verdad, ellos decidieron también que tenían que armarse, y juntaron maderitas y tubos para hacer sus fusiles.”²²

La triste ironía es que se puede conocer la vocación desde siempre, pero no el destino: así, el sargento William Arias, de veintidos años, que “...soñó desde niño que serviría en el Ejército Peruano, sin embargo nunca imaginó que se convertiría en héroe de guerra y ejemplo para muchos jóvenes que, como él, ahora se encuentran muy cerca de la muerte en la zona de frontera.”²³. La redacción de la nota no lo dice, pero William Arias no es un héroe porque haya realizado muchas hazañas militares: “héroe” es utilizado como sinónimo de “muerto en combate”. Del mismo modo, es usado el término “héroe” para referirse al mayor Marco Jara, caído junto al sargento Arias en la toma de la Cueva de los Tayos. El padre del mayor Jara, un coronel retirado, recuerda que en una visita al campo

²¹ Freud, Sigmund “The Future of an Illusion” Norton, 1961. Orig. “Die Zukunft einer Illusion”, 1927. Ver también “Civilization and its discontents” Norton, 1961. Orig “Das Unbehagen in Der Kultur”, 1929

²² Diario “El Mundo” Febrero 17, 1995

²³ Diario “El Mundo” Febrero 8, 1995

de batalla de Arica cuando Marco era un niño, este "...le dijo: "papá, quiero ser militar, para defender nuestra patria." Ese día Justo Jara, militar curtido y experimentado, no pudo imaginar que Marco se convertiría, años más tarde, en un héroe de guerra..."²⁴. La ecuación es la misma: vocación conocida desde la infancia, un sorpresivo destino heroico.

La muerte en combate de un soldado no puede calificarse de "inesperada": es ciertamente parte de las posibilidades. El mismo padre del mayor Jara señala que "...como militar experimentado, temía por la vida de Marco, por su vehemencia, valentía y amor desmedido al Ejército Peruano". Sin embargo, como recurso discursivo, la "sorpresa" de la muerte, la idea de "destino inescrutable" cumple una función: es la de dramatizar la necesidad de cada familia peruana de mantener una actitud estoica. Doña María, la madre de Willy Arias, es citada por los periodistas dirigiéndose a las madres presentes en el entierro de su hijo: "Tengan fé en Dios, esta guerra es absurda, pero tenemos que ganarla y por eso les pido que sean fuertes"; el coronel Jara pide, frente al ataúd de su hijo, tomar su lugar.

Del mismo modo que la venida del Mesías "como un ladrón en la noche" cumple en la fé cristiana la función de estimular una actitud de alerta, la presencia de la muerte como posibilidad en el horizonte de cualquier peruano dispuesto a cumplir sus deberes, estimula una actitud estoica. No basta con el salto civilizatorio de la indisciplina al orden, la familia del joven peruano debe también cultivar una actitud austera y valiente. La muerte heroica sella la redención del joven, la superación radical de la asociación juventud-delincuencia. Si el destino probable de un joven delincuente es morir en la calle, fuera de la ley, el destino de un joven heroico puede ser morir por una causa noble, como un soldado lo atestigua, al enviar un saludo a su madre: "Si me toca morir que sepa que su hijo no murió ni por delincuente ni por cobarde, sino por defender a la Patria..."²⁵

Hombres valientes, mujeres temerosas

La construcción de la imagen del héroe puede estar acompañada por la heroicidad complementaria de sus familiares, que asumen estoicamente la pérdida parcial o permanente del soldado que se dirige al frente. Sin embargo, la plausibilidad de una ideología espartana en la familia del soldado presupondría la comprensión por parte de todos los miembros de esta familia de un proyecto de vida, el proyecto militar y patriótico. ¿Qué resignación heroica, sin embargo, se puede pedir de las familias de jóvenes llevados a la fuerza o aislados de toda comunicación durante el tiempo en que se encuentran en el frente? Sin duda, los familiares de los soldados "comprenden" qué es lo que pasa, pero no es la comprensión de la vocación de sus jóvenes: en más de un caso lo que se comprende es que los jóvenes han sido "llevados" a la guerra porque no pudieron evitarlo.

El peso emocional de esta comprensión es cargado por figuras femeninas: madres que se aglomeran en las puertas de los cuarteles para preguntar por sus hijos y que día a

²⁴ Diario "El Mundo" Febrero 8, 1995

²⁵ Diario "La República" Febrero 27, 1995

día deben volver a casa solas y sin noticias; hermanas, esposas o novias que buscan al soldado desaparecido o que añoran al soldado muerto. Algunas reclaman a sus jóvenes y sólo se preocupan de su seguridad, poniendo en un segundo plano “el interés nacional”; otras aceptan la situación y buscan fortaleza. No todas se apegan al guión de mujeres espartanas, pero todas cumplen otro rol mucho más básico: el de la feminidad que permanece en el frente interno, en el hogar, para ser defendida, para inspirar añoranza en el guerrero, para procrear y criar a los hijos del que cae.

Si bien algunas, como la madre del sargento Arias -un muchacho “de vocación militar”- piden a otras madres “ser fuertes”, otras están solamente interesadas en que su hijo vuelva a como de lugar; de hecho, durante el conflicto se denunciaron numerosos casos de mujeres estafadas por sujetos inescrupulosos que les pedían dinero, asegurándoles que tenían las conexiones necesarias para lograr que sus hijos fuesen eximidos del servicio militar. Dora Quispe, la madre de un soldado de nombre Hugo, se presenta un día en el fuerte Hoyos Rubio del Rímac: explica que su hijo ha sido levado cerca de una farmacia a la que había ido para comprar medicinas con las que se trata de una tuberculosis. Pese a que muestra los documentos que prueban el estado de su hijo, el oficial de guardia (ella no puede hablar con nadie de mayor jerarquía) descarta su pedido con la frase; “mejor para usted, así el Ejército cura a su hijo”²⁶. Lo mismo sucede con Elizabeth, la esposa de Johnny Curi, de 20 años, quien se recuperaba de un accidente de trabajo y -sin embargo- fue levado y se encuentra en el cuartel “La Pólvara” recibiendo instrucción acelerada para ser enviado al frente.²⁷ Hugo, de diecinueve años, sustento de sus cinco hermanos, es también detenido por una patrulla del Ejército y, al no presentar documentos, es enviado directamente a Bagua en la zona de frontera. Su madre, Marina, según el periódico está “orgullosa de tener un hijo que luchará por la patria”, pero por momentos “es dominada por el miedo y rompe a llorar”. Una fotografía de Marina muestra a una mujer de rasgos indígenas que viste ropas características de la sierra y se cubre el rostro para llorar. Es difícil imaginar a Elizabeth o Dora en una situación distinta; la idea de la mujer espartana, “orgullosa por el soldado que sirve a la patria” es evidentemente falseada por su situación de víctimas afectadas directamente por la violencia clasista y racista del Estado.

La figura del soldado es construida en oposición y complementariedad a la figura femenina del miedo y el llanto. “Hay quienes dicen que el Cenepa es como el infierno, y que hay que ser bien hombres para internarse, y más hombres para salir vivos...”²⁸ La masculinidad se prueba yendo a la guerra, sirviendo en el ejército. Más aún, cumplir con el servicio militar es un peldaño en el camino hacia una ciudadanía asociada a la masculinidad: en un artículo que explica la necesidad de hacer el servicio para ganar la libreta militar, que luego se canjeará por la libreta electoral, una reportera escribe: “Portar una libreta electoral es de mucha utilidad. para los muchachos es la llave que les permite ingresar a las películas para adultos, alojarse en un hostel con la enamorada y cuántas

²⁶ Diario “El Mundo”, febrero 7, 1995

²⁷ Diario “El Mundo”, enero 31, 1995

²⁸ Diario “La República” Noviembre 18, 1995

cosas más.”²⁹ Se establece una asociación directa entre valentía en la guerra y bien ganado estatus de superioridad masculina en la paz. La guerra, pues, es cosa de hombres, como el fútbol.

La asociación de virtudes guerreras y masculinidad es tan fuerte que, en un curioso artículo, una reportera describe la figura de un capellán del Ejército quien, por estar encargado de una función de cuidado y servicio, podría ser imaginado como una figura “femenina”, perdonadora y resignada. Nada más lejos de la realidad:

“Para las cachetadas, el hombre tiene dos mejillas. Ni una más. Por eso el tercer intento, se responde. Esta es una de las primeras lecciones que aprendió Gustavo Medina luego de 20 años como capellán del Ejército (...) Medina no optó por hablar detrás de un púlpito, sino internarse hasta en las comunidades más alejadas (...) Sólo de este modo, Medina podría ver a Cristo no con una aureola, o a través de la imagen algo femenina con la que los artistas lo retratan, sino como un hombre que vivió su realidad.”³⁰

El capellán redime y “desfeminiza” su posición renunciando a la comodidad del frente interno, a la vida normal del púlpito. Al mismo tiempo, su práctica desfeminiza a Cristo y pone entre paréntesis el mandato evangélico de ofrecer la otra mejilla al que nos ofende. Cristo es un hombre que vivió su realidad (de hombre), del mismo modo lo es el capellán del Ejército, del mismo modo los soldados. Su masculinidad ha sido construida especularmente sobre la feminidad de las madres, hermanas, esposas y los mandatos evangélicos. La masculinidad de los jóvenes héroes complementaria a la feminidad organizada alrededor del cuidado y del miedo, a diferencia de la masculinidad de los jóvenes delincuentes organizada por su desvergüenza, irrespetuosa de la mujer.

Pero la mujer está ahí, y el discurso patriótico no puede ocultarla, no puede hallar mujeres espartanas. Por el contrario, son estas mujeres que con su práctica cuestionan la guerra las que han terminado por apoderarse de los cuarteles con su presencia; al final, hay que describirlas como guerreras a su modo:

“Hay quienes vienen desde Lima, otras viven cerca. Con el paso de los días, han llegado a formar una especie de cofradía donde la pregunta de rigor es sólo una: ¿Alguien sabe de mi hijo? ¿de mi hermano? ¿de mi esposo?. Las cabezas de los soldados que vigilan el ingreso al cuartel “El Milagro” se mueven negativamente. Entonces, los familiares se baten en retirada. Retroceden unos diez metros y retoman la posición...”³¹

²⁹ Diario “El Mundo”, febrero 7, 1995

³⁰ Diario “El Comercio”, Marzo 9, 1995

³¹ Diario “El Comercio”, Marzo 9, 1995

Cholos valientes, limeños inexpertos

Un conflicto exterior obliga a una reflexión reafirmadora de la unidad interior, esto es, la unidad de la nación; lo que en el caso de un país violentamente desgarrado por la opresión de clase, etnicidad y género implica poner entre paréntesis las diferencias brindando una reivindicación simbólica a aquéllos que sufren usualmente la violencia del poder. Una fotografía de los soldados peruanos posando en la Cueva de los Tayos, posición capturada en combate, lleva la siguiente leyenda:

“¿Huamaní? ¿Yupanqui? ¿Quispe? ¿Tincopa? ¿Choque? Son los apellidos del pueblo, los apellidos de los soldados que estuvieron en el frente, de dieciséis, diecinueve, veinte años, o menos, porque muchos ni siquiera tienen partida de nacimiento. Fueron levados simplemente, entrenados y enviados a pelear. Por el Perú, el suyo, el nuestro.”³²

Los “apellidos del pueblo” es una fórmula que fusiona la identidad popular, esto es, una posición de clase subordinada y una consideración étnica: “el pueblo” es equivalente a la ascendencia andina, expresada en apellidos quechuas. La imposibilidad de reconocer la opresión étnica es obvia en un país que pretende construirse sobre la base de un discurso criollo que proclama la democracia racial basada en el mestizaje mientras al mismo tiempo construye una imagen de indígena con la que nadie quiere identificarse. En lugar de reconocer que Huamaní, por ejemplo, es un apellido quechua y que los Huamaní del país tienen más posibilidades de terminar en el frente de batalla que los Pflucker porque unos son reconocidos como sujetos levables y los otros no, es necesario restaurar permanentemente la herida: el país por el que luchan los indios es no sólo nuestro país, es también “el suyo”.

Del mismo modo, es necesario reconocer si no una igualdad, al menos un elemento en el que los oprimidos de la comunidad puedan destacar: este elemento es la virtud guerrera. Soldados heridos que el reportero describe como “de apariencia provinciana” - una fórmula eufemística usada frecuentemente en el Perú para evitar la palabra “indígena”- son citados diciendo orgullosamente: “Nosotros somos los que mejor estamos peleando ya que los limeños no tienen experiencia de combate.” Los “provincianos” William y León tienen respectivamente dieciocho y diecisiete años, han servido previamente en un batallón contrasubversivo y están en el hospital porque uno tiene un brazo destrozado y el otro tres balazos en el pecho. Pese a la brutalidad con que la guerra los ha tratado, para el reportero el argumento de la “experiencia de combate” es una razón que se da “para regresar al campo de batalla”.³³

El valor vehemente de soldados “de apariencia provinciana” es una forma de irracionalidad que debe despertar asombro y simpatía, del mismo modo que la violencia de los hinchas de fútbol es una irracionalidad que despierta rechazo. Esta pasión por la guerra, que rechaza incluso el bien merecido descanso del convaleciente, es imaginada

³² Diario “La República” Noviembre 18, 1995

³³ Diario “El Mundo” Febrero 13, 1995

como inherente a características de “raza”. Sentirse poseído por la furia, atreverse a todo sin medir las consecuencias es expresado en el Perú con la frase “se me subió el indio”, vale decir, “el indio” que todos los peruanos (es decir, todos nosotros los mestizos) llevamos en la sangre se nos sube a la cabeza y nos habilita para la violencia, haciéndonos olvidar todo cuidado por nosotros mismos:

“En la madrugada escuchamos una señal: “Tres, dos, uno... ¡ataquen!”. Ese era el momento de asaltar Tiwinza, yo aproveché el ordenamiento de la tropa para decir unas oraciones y recordé a Renzo, mi hijo que está en Lima. Sentí mucho miedo, luego entonamos canciones de combate y otra vez el temperamento del soldado cholo nos vino al cuerpo”³⁴

Antes de sentir en el cuerpo el “temperamento cholo”, el soldado encomienda su alma a Dios, piensa en su hijo, en Lima, tiene miedo. Una vez que la racionalidad y la espiritualidad han tenido su momento, vienen las canciones de combate y uno se convierte en un cuerpo, esto es, en fuerza física, en adrenalina, violencia victoriosa.

Pero hay incluso una última forma en la que las presuposiciones étnicas se hacen manifiestas en el discurso patriótico: incluyendo a aquéllos que son reconocidos consensualmente como “otros”, a los que están rta excluidos que ni siquiera pueden ser imaginados como parte de la comunidad mestiza: los indígenas de las tribus selváticas. Su imagen es exótica, un exotismo “oriental”³⁵ que se construye como una otredad radical y que permite al constructor del discurso retratar al objeto con pinceladas libres e impresionistas. Los indígenas son “guías nativos” que “prefieren seguir usando su peculiar vestimenta”³⁶, ¿quién mejor que estos “otros” para servir de guías en la selva enmarañada? ¿quién mejor que el “indígena” que se funde no con la “civilización”, sino con la “naturaleza”? Pero bajo el discurso exotista se esconde obviamente el reconocimiento de que la comunidad nacional mantiene a los indígenas segregados y en abandono, su lealtad podría ser un problema; por ello, la participación de jóvenes de las comunidades selváticas entre las tropas peruanas es vista con alivio, los titulares proclaman que “Aguarunas y huambizas comprometen apoyo a Fuerzas Armadas”³⁷, supuestamente además, este apoyo es una alianza natural, puesto que las etnias del lado peruano serían enemigas ancestrales de las etnias del lado ecuatoriano, como si -providencialmente- las fronteras políticas hubieran coincidido por una vez con las fronteras étnicas: “la mayor parte de los soldados ecuatorianos que combaten en la frontera son antivos Shuar, quienes por tradición son enemigos de los aguarunas y huambizas”³⁸

³⁴ Diario “El Mundo” Febrero 21, 1995

³⁵ Said, Edward “Orientalism” Vintage, 1978

³⁶ Diario “El Comercio”, Febrero 7, 1995

³⁷ Diario “El Comercio”, Febrero 9, 1995

³⁸ Diario “El Comercio”, Febrero 9, 1995

Lo dicho a lo largo de esta sección, dedicada al discurso patriótico centrado en la figura de la “juventud heroica” puede resumirse en el siguiente esquema:

Extracción social	Popular: “apellidos del pueblo”
Características étnicas	Mestizos o indígenas: “soldados cholos”, “guías indígenas”
Identidad de género	Masculinista, opuesta a la ideología del cuidado o el perdón
Moralidad	Disciplina, valentía, abnegación, vehemencia (irracionalidad positiva).

A manera de conclusión: violencia discursiva y violencia estructural

“El Servicio Militar Obligatorio es una suerte de retribución al Estado por la condición de ciudadano que nos otorga. Y es también la oportunidad para demostrar que la noción de patria anida en muchos jóvenes, a pesar del volátil (sic) concepto que cargan sobre ellos: dorgas, diversión, vagancia, apatía.”³⁹ Con estas palabras, una periodista limeña resumía su idea de la institución de la conscripción: un intercambio horizontal entre un Estado que garantiza derechos y ciudadanos que prestan sus servicios a ese Estado: el ejercicio de un deber que permite el disfrute de los derechos. La conscripción, en este modelo de intercambio resulta similar -en el plano de la violencia legal- a la tributación en el plano económico: el Estado y los ciudadanos se constituyen mutuamente a través de un intercambio legítimamente instituido.

Ciertamente, el modelo imaginado por la periodista dista mucho de la realidad peruana: como lo ilustra el caso de Yenuri Chihuala, con el que abrimos estas páginas, el reclutamiento no es universal, sino clasistamente selectivo; tampoco es un proceso ordenado y previsible, sino arbitrario y brutal. No existe la posibilidad de una concordancia entre el deber cívico y la voluntad individual, sino entre una obligación impuesta violentamente y la ascripción a características sociales desfavorables: es irrelevante si un joven popular quiere o no hacer el servicio militar, pues puede ser levado en cualquier momento y de todos modos tendrá que hacerlo. Por el contrario, que un joven de clase alta, socialmente blanco, quiera “renunciar al verano” para enrolarse en el ejército, se hace imposible por la institución de la conscripción como un acto socialmente selectivo. El “Servicio Militar Obligatorio” es más obligatorio para unos que para otros.

La manera en que la juventud es imaginada en la sociedad peruana y los discursos que se producen a su alrededor -incluso en el caso de discursos que predicán al sujeto joven con características polarmente opuestas como delincuencia y heroísmo- es funcional a un ejercicio discriminador del poder que victimiza a los jóvenes de los sectores populares, haciéndolos blanco justificado de la violencia represiva o recurso humano dispensable en la estrategia militar. La victimización de los jóvenes populares, en turno, no es sino el mecanismo disciplinario por el que se ejemplifica el control de los sectores

³⁹ Diario “El Mundo”, Febrero 7, 1995

populares como tales: la fragilidad de la vida y la libertad de los jóvenes frente a las agencias de poder es el paradigma de la privación de derechos para la mayoría de la población del Perú.

Los discursos sociales no son, por cierto, únicamente producidos desde perspectivas funcionales al poder; son el terreno de una permanente disputa hegemónica. Existen grietas por las cuales se filtra una vena crítica más o menos explícita incluso en los enunciados que parecen más represivos o chauvinistas. La violencia estructural y cotidiana contra la población pobre es intuída como el problema de fondo, la valentía innegable de jóvenes que no han recibido nada del Estado y que sin embargo defienden a su país, pueden ser leídos también como ironía no buscada, como crítica sutil. La guerra, con sus miserias y sufrimientos, motivó también la reflexión -dentro de los límites del imaginario peruano- sobre las injusticias del ordenamiento social⁴⁰. En algunos casos, como el de Yenuri Chihuala, la violencia estructural se hace evidente y provoca la indignación masiva, falsea los discursos de control, cuestiona los mecanismos disciplinarios; en otros, la violencia es simple y muda, testimoniarla es de por sí una protesta, que es como leo el testimonio de un periodista volviendo de la línea de fuego, con el que quiero terminar este ensayo:

“Cuando transitábamos de regreso a Bagua, nos cruzamos en el camino con el alcalde aguaruna del río Santiago (...) que llevaba en la tolva de su camioneta el cadáver de su hijo de siete años, Ricardito, que esa mañana había muerto en el hospital de Bagua atacado por el mal de rabia. El conflicto había convertido la muerte de Ricardito en noticia de segundo plano. (...) Ricardito no murió por la guerra. Fue peor. Murió por el olvido.”⁴¹

⁴⁰ En esto, los periodistas peruanos exponen claramente una tradición intelectual popularizada por la educación escolar: la idea de que el Perú ha sido víctima -a lo largo de su historia- tanto de la agresión de sus vecinos como de su propia debilidad interna. La historiografía de la guerra con Chile en el siglo pasado es un ejemplo de esta idea.

⁴¹ Diario “La República”, Marzo 19, 1995